

La segunda pesca milagrosa (Jn 21:1-13)

A veces decimos que “si las paredes pudieran hablar, lo que dirían”. Pero en este capítulo creo que si los pescados pudieran hablar nos narrarían que esa noche había una zona alrededor de una barca a la cual no se podían acercar. Es que había como una fuerza increíble que impedía que se acercaran. Pero lo más interesante sucedió cuando empezó a amanecer. Ahora sí podían acercarse a la embarcación pero solamente al lado derecho. Pero vayamos al texto bíblico. En **(Jn 21:1)** leemos: *“Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos en el mar de Tiberias. Se manifestó de esta manera”*. Me agradan estas palabras: *“se manifestó de esta manera”*. No solamente les va a dar a los discípulos una nueva lección sino que le da a Pedro una enseñanza muy personal. El versículo siguiente nos dice: *“Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado Dídimo, Natanael que era de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos”*. Pienso en este grupo de personas tan distintas como una pequeña orquesta, no de instrumentos musicales sino de caracteres psicológicos tan distintos.

Allí está el impulsivo, dinámico y activo Pedro. Allí está también Tomás, aquel que tiene la tendencia a dudar y que necesita muchas evidencias para creer. En contraste estaba también Natanael el *“verdadero israelita”* que escuchó estas palabras del Señor junto con otros discípulos: *“De cierto, de cierto os digo que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre” (Jn 1:51)*. Estaban también los hijos de Zebedeo (Jacobo y Juan) que tenían una tendencia a reaccionar vigorosamente y en una ocasión estaban tan indignados que querían que bajara fuego del cielo para destruir a los samaritanos que no los recibieron **(Lc 9:54)**.

El versículo 3 dice: *“Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Le dijeron: Vamos nosotros también contigo. Salieron y entraron en la barca, pero aquella noche no consiguieron nada”*.

Creo que esta frase *“voy a pescar”* tiene en esta situación un tono de tristeza. Por supuesto que no tiene nada de malo ir a pescar. Pero para Pedro y los que habían sido pescadores era como volver a la vida de antes, y como que esos tres años y medio con el Maestro habían pasado al gran museo de los recuerdos. Es que esos años con el Mesías recorriendo las aldeas y ciudades de Judea habían sido tan maravillosos. Los días eran a veces agotadores. Los enfermos que se amontonaban; las multitudes que había que atender. ¡Pero cómo olvidarse de esos milagros que habían visto con sus propios ojos! Y en esta frase tan corta *“voy a pescar”* es como si dijera, todo el pasado ha quedado atrás. La experiencia inolvidable de haber escuchado esas palabras maravillosas que salían de los labios del Maestro cuando al final del día les hablaba esas verdades eternas de una manera que nunca antes habían escuchado. No podemos dejar de pensar que se habrá acordado cuando al principio de su ministerio Jesucristo le dijo: *“Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar” (Lc 5:4)*.

Yo me imagino la conversación en la embarcación como se diría en el Río de la Plata: *“¡Qué mala suerte tenemos, hoy no se pesca nada! Es que el viento sopla para el otro lado”*. Quizás alguno de los pescadores de tanta experiencia dijo: *“es la primera vez en mi vida que me pasa esto”*.

Todos hemos estado en nuestra vida navegando en ese barco de la frustración cuando durante toda una noche o un largo tiempo no hemos visto más que el fracaso.

El principio espiritual que aquí vemos es muy importante. Dios utiliza el fracaso de la noche para contrastarlo con el éxito del milagro del amanecer. ¡Qué preciosas son a

nuestra alma las palabras del **(Sal 126:2,5,6)**: *“Entonces nuestra boca se llenó de risa; y nuestra lengua, de cantos de alegría. Entonces decían entre las naciones: Grandes cosas ha hecho Jehová con éstos... Los que siembran con lágrimas, con regocijo segarán. El que va llorando, llevando la bolsa de semilla, volverá con regocijo, trayendo sus gavillas”*.

Hay momentos en nuestra vida en que parecería que no se pesca nada. Todo parece ser pruebas y dificultades. El apóstol Pablo nos dice en **(Hch 20:31)**: *“Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no cesé de amonestar con lágrimas a cada uno. Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, a aquel que tiene poder para edificar y para dar herencia entre todos los santificados”*.

Reiteramos las palabras de **(Jn 21:3)**: *“...aquella noche no consiguieron nada”*. Unos se miraban a los otros. Las horas pasaban y la respuesta a la pregunta que no se formulaba era: “no hay nada”. Dios no quiere que el creyente viva una existencia de derrota. Leamos del apóstol Pablo nuevamente en **(Fil 4:13)**: *“¡Todo lo puedo en Cristo que me fortalece!”*. Pablo supo vivir tranquilamente en la abundancia como en la necesidad.

(Jn 21:4) nos dice: *“Al amanecer, Jesús se presentó en la playa, aunque los discípulos no se daban cuenta de que era Jesús”*. ¡Qué difícil es reconocer a Jesús después de una noche de dificultad, de tristeza o de fracaso! Me imagino que esa mañana los colores de la aurora comenzaban a aparecer. Dado que el mar de Galilea está rodeado de montañas lleva más tiempo antes que el sol se pueda ver.

Estas palabras: *“al amanecer”* para mí son muy especiales. Traen a mi corazón **(Pr 4:18)**: *“Pero la senda de los justos es como la luz de la aurora que va en aumento hasta que es pleno día”*. Observemos con qué tacto y delicadeza Jesucristo entra en la conversación. Ahora les va a hacer una pregunta cuya respuesta él sabe, pero necesita que ellos la confiesen. En el silencio de la mañana viene esa voz que dice: *“Hijitos, ¿no tenéis nada de comer? Le contestaron: No”* **(Jn 21:5)**. Esta interrogación me ha conmovido muchas veces el corazón. ¿Tenéis algo de comer? Es que yo creo que la iglesia local tiene que ser un lugar donde el creyente sea alimentando por el ministerio de las Escrituras. Qué triste es ver que en algunas congregaciones hoy en día hay todo tipo de programas pero falta “algo de comer”. Y todos nosotros necesitamos el ministerio de la Palabra guiado por el Espíritu Santo.

El versículo 6 nos dice: *“Él les dijo: Echad la red al lado derecho de la barca, y hallaréis. La echaron, pues, y ya no podían sacarla por la gran cantidad de peces”*.

Yo me imagino la escena. Desde el barco los discípulos ven a un hombre en la playa, que no reconocen por la poca luz de la mañana. Pero es interesante pensar en la otra perspectiva, qué es lo que Jesucristo vio desde la orilla hacia el mar. Allí había una barca con siete hombres, cansados por la falta de sueño, con caras entristecidas por el fracaso. Los discípulos obedecen la sugerencia. El Evangelio nos dice que: *“La echaron, pues, y ya no podían sacarla por la gran cantidad de peces”* **(Jn 21:6)**. Observemos que el Señor Jesús sabía exactamente dónde estaban los peces, no porque como el incrédulo sugiere estaba en una posición alta y los podía ver, sino porque él sabía que los peces que durante toda la noche se habían mantenido alejados de la embarcación ahora se acercaban al lado derecho de la misma.

Yo veo aquí la omnisciencia del Señor Jesús. Él lo sabe todo. Él lo domina todo. La noche anterior no pescaron nada pero ahora él los iba a bendecir de una manera extraordinaria.

Si yo estuviera enseñando una clase para niños les diría que los peces que nadaban del lado derecho de la barca en vano tratarían de pasar al lado izquierdo. Es como si en el agua hubiera una barrera invisible e impenetrable que no les permitiera pasar para el otro lado.

“Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Cuando Simón Pedro oyó que era el Señor, se ciñó el manto, pues se lo había quitado, y se tiró al mar” (Jn 21:7). Nosotros normalmente nos quitamos la ropa y nos quedamos con nuestra prenda de baño cuando nos zambullimos en el agua. Pedro hizo exactamente lo inverso. Es decir, en la embarcación estaba con poca ropa y era tal el respeto y la reverencia que él tenía hacia el Señor Jesús, que se puso la ropa encima de la que ya tenía puesta y se sumergió en el agua para llegar lo más pronto posible a la orilla. Pero la historia no termina allí, el versículo 9 nos dice: *“Cuando bajaron a tierra, vieron brasas puestas, con pescado encima, y pan”*. Es en el último capítulo de Juan donde vemos a Jesús de Nazaret preparar una comida. Había brasas que por supuesto el Señor utilizó para cocer el pez. Sin duda esto proveía también calor. Había un pez representando lo que nos otorga el mar y había pan simbolizando lo que nos da la tierra.

En el versículo 10 leemos: *“Jesús les dijo: Traed de los pescados que ahora habéis pescado”*. Observemos con cuanta delicadeza el Señor les dice: *“de los pescados que habéis pescado”*. Me hace pensar en la satisfacción de un niño cuando logra su primera pesca. Se siente tan orgulloso de lo que ha hecho.

El versículo 11 nos dice: *“Entonces Simón Pedro subió y sacó a tierra la red llena de grandes pescados, ciento cincuenta y tres de ellos; y aunque eran tantos, la red no se rompió”*. Muchos han tratado de encontrarle un simbolismo a ese número. Pero notemos que son pescados de gran tamaño.

El doctor L. Locyer, en su buen libro sobre los milagros, nos dice: “La comida que el Señor mismo preparó y dispensó sobre la playa es sin duda un símbolo del gran festival en los cielos que él está preparando para los suyos. Esa playa en el lago es una imagen evocadora del tiempo cuando después de su venida por sus siervos que están cansados, él los hará sentar a comer y les servirá”.

Notemos en resumen los hechos especiales en este milagro:

- 1) El Señor en su providencia actúa para que no exista pesca durante la noche.
- 2) El Señor procede para que no existan peces en el lado izquierdo de la embarcación.
- 3) El Señor hace que exista una gran concentración de peces grandes del lado derecho.
- 4) El Señor sabe todo lo que ha transcurrido durante la noche y la falta de comida.
- 5) La red no se rompió a pesar de la gran cantidad de pescados grandes.
- 6) Ciento cincuenta y tres grandes pescados. Estadísticamente en una pesca con red se obtienen pescados grandes, medianos y pequeños. Cualquiera que ha ido a pescar con red sabe que la gran mayoría de lo que se obtiene son pescados pequeños que muchas veces los pescadores devuelven al mar. Aquí no hay ningún pescado pequeño. Todos son grandes. La probabilidad estadística que no haya un sólo pescado pequeño es infinitamente pequeña.

Vemos en esta porción de las Escrituras al Señor Jesucristo invitando a sus discípulos a tener un tiempo de comunión con él. Después de que se han alimentado, una conversación se desarrolla con el discípulo que negó al Maestro y, como resultado de esa plática, Pedro es restaurado.

Temas para predicadores

- El Señor Jesús nos ve en nuestras dificultades y durante la noche del fracaso.

- El Señor Jesucristo prepara una comida y tiene comunión con sus discípulos.
- La omnisciencia del Señor Jesús. (Él sabía que no tenían comida, dónde estaba la pesca, y cuántos pescados exactamente había).